

EL INFRUCTUOSO CLAMOR DE PABLO NERUDA

Óscar Hahn

En el presente ensayo Óscar Hahn indaga las peculiaridades de uno de los últimos libros de Pablo Neruda, *Geografía Infructuosa*, publicado después de que obtuviese el Nobel. Su tono grave y melancólico, advierte Hahn, estaría motivado por ciertos aspectos biográficos que permiten comprender esta obra como una reacción emocional ante la muerte. De este modo, lo infructuoso no sería la geografía, sino el esfuerzo del poeta por substraerse de la muerte.

ÓSCAR HAHN. Poeta y ensayista chileno. Profesor de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Iowa. Miembro correspondiente de la Academia Chilena de la Lengua. Autor de los poemarios *Arte de Morir* (1977), *Mal de Amor* (1981), *Flor de Enamorados* (1987), *Versos Robados* (1995), *Apariciones Profanas* (2002) y *Obras Selectas* (2003). En el campo de la crítica es autor de los libros *El Cuento Fantástico Hispanoamericano en el Siglo XIX* (1978), *Texto Sobre Texto* (1984), *Antología del Cuento Fantástico Hispanoamericano: Siglo XX* (1990), y de numerosos artículos recopilados en *Magias de la Escritura* (2001).

Curiosamente, y por el solo efecto de la oportunidad, uno de los libros más esperados de Pablo Neruda fue *Geografía Infructuosa*. En octubre de 1971 el poeta chileno había obtenido el Premio Nobel de Literatura y ésa fue su primera publicación posterior al premio. Era natural que se creara una cierta expectación por saber qué contenía el nuevo poemario. No obstante, el impacto del Nobel no pudo hacerse sentir en esos textos, por el simple hecho de que casi todos estaban terminados cuando a Neruda se le concedió el galardón. La escritura de *Geografía Infructuosa* se inició en 1971, durante sus viajes en automóvil por Chile, y se completó ese mismo año, mientras se desempeñaba como Embajador de su país en Francia. Fue publicado por la editorial Losada de Buenos Aires en mayo de 1972.

El título es bastante engañoso, porque si bien es cierto que los poemas contienen numerosas referencias a la naturaleza y al paisaje, es decir, a elementos “geográficos”, no es menos cierto que esos elementos son sólo el contexto de preocupaciones que podrían ser calificadas de existenciales. Pero lo que llama la atención es el adjetivo “infructuosa”, adscrito a “geografía”. Cualquier diccionario nos indica que, literalmente, “infructuoso” es aquello que no da frutos. También tiene el significado de “inútil” o “fallido” o de algo que se realiza “en vano”. Cabría preguntarse entonces en qué sentido la geografía de la que se habla en el libro es “infructuosa”.

Para responder esta interrogante es necesario poner en juego algunos datos biográficos. El 5 de agosto de 1972, desde Normandía, donde había comprado una casa, Neruda le envía una carta a Volodia Teitelboim en la que le dice: “Te mando mi último libro asaz melancólico, resultado de enfermedades y exilios”. Ese libro es *Geografía Infructuosa*. Las enfermedades a las que alude Neruda son los síntomas del cáncer que eventualmente le diagnosticarían; y el exilio, figurado en su caso, es su alejamiento de Chile para servir como diplomático. Estas dos experiencias son las que generan el particular estado de ánimo del poeta, que él describe como “melancólico”. Volodia Teitelboim cuenta que Neruda fue nombrado Embajador a petición del mismo poeta, quien le habría dicho: “Yo tengo que poner distancia. Salir por un tiempo, pero al servicio del gobierno. Creo que debo ser Embajador en Francia. Convérsalo con los compañeros. Y si están de acuerdo, que se lo propongan a Salvador Allende”.

El problema es que, una vez instalado en París, sintió que había tomado una decisión errónea. Más aún si consideramos que por primera vez en la historia de Chile un marxista asumía la presidencia, y que se

estaban intentando transformaciones radicales en la estructura política y social del país. Neruda había luchado por esos cambios desde que ingresó al Partido Comunista en 1945. Residir en el extranjero, sin vivir directamente la llamada “revolución a la chilena”, tiene que haberle producido una gran desazón. Esa desazón, unida al dolor y frustración que lo agobian cuando sospecha que sus malestares físicos pueden ser el preludio de algo grave, dibujan el tono melancólico que emerge y se sumerge a través del libro.

Éste es uno de esos casos en los que estar en conocimiento de determinados aspectos biográficos modifica nuestra percepción de los poemas. No es lo mismo leer “El Cobarde”, sabiendo que Neruda tenía cáncer a la próstata, que ignorándolo: “*Un solo pétalo del gran dolor humano / cae en tu orina y crees / que el mundo se desangra*”. Entendemos que ya no se trata de una especulación metafísica, sino de una reacción emocional frente a la amenaza de la muerte, mezcla de miedo, rabia e impotencia, sentimientos que el poeta experimenta mientras está escribiendo el texto. Es por eso que la palabra “sobreviviente”, que encabeza el último poema del libro, no tiene un sentido metafórico, sino literal. Y es por eso también que poemas como “A Numerarse”, “Sigue lo Mismo” y “De Viajes” son virtuales adioses. Otros textos están gobernados por una intensa nostalgia de los seres y cosas que han sido disueltos por el tiempo. Incluso llega a plantear que la existencia humana es sólo un “reino de pasajeros”. Un buen ejemplo de esta actitud es el poema dedicado al pintor José Caballero.

Pero volvamos al adjetivo “infructuosa”. A la luz de las consideraciones anteriores uno puede inferir que la frase “geografía infructuosa” es una suerte de hipálage. Esta figura se caracteriza porque a través de ella se produce un desplazamiento de términos, como en el verso de Lugones que habla de “el árido camello” y en el que la aridez ha sido trasladada desde la idea de desierto. Análogamente, en la expresión “geografía infructuosa”, lo infructuoso no es la geografía, sino los esfuerzos de Neruda por substraerse a la muerte. Si en la época de *Residencia en la Tierra* manifestaba que su poesía era como “una espada entre indefensos”, ahora el indefenso es Neruda y la poesía ya no es el arma con la que podría luchar contra lo inexorable. Y es muy posible que el título del libro esconda una frase subliminal: “poesía infructuosa”. Pero para Neruda, un poeta que siempre mostró una fe casi religiosa en los poderes de la poesía, utilizar esa frase habría sido una claudicación.

Enfrentado a la posibilidad de una situación límite, Neruda entra en una crisis existencial. Es como si los estoicos versos de Rubén Darío sobre el sentido de la vida: “*Y no saber a dónde vamos / ni de dónde venimos*”,

Neruda los hubiera convertido en una serie de interrogantes que son casi una protesta: “Y por qué? Para qué? Pero por qué?”. A pesar de todo, más adelante dice que está “seguro de ser, firme en mi duración, inextinguible”.

Dos aspectos omnipresentes en su obra recurren en este libro: la autorreferencia y el mesianismo. A diferencia de otros poetas, que hablan desde el yo, pero cuyo tema no es su propio yo, aquí el objeto de los poemas es el mismo Neruda. El segundo aspecto es el carácter mesiánico, que no lo abandona ni siquiera en los momentos de tribulación. El poeta declara que tiene una misión que cumplir y se considera un elegido. Pero su misión no es religiosa, sino política y social: “*Mis deberes son duramente diurnos: / debo entregar y abrir nuevas ventanas / establecer la claridad invicta / y aunque no me comprendan, / continuar / mi propaganda de cristalería*”, dice en el poema “El Sol”. Esta composición es prácticamente una reescritura de la “Oda a la Claridad”, incluida en *Odas Elementales* (1954). El programa es el mismo: “*Debo / cumplir mi obligación / de luz (...) Yo debo repartirme / hasta que todo sea día, / hasta que todo sea claridad / y alegría en la tierra*”. Algo muy evidente, sin embargo, es la tensión que existe entre la voluntad de Neruda de realizar una poesía de la luz, la alegría y la esperanza, y sus demonios interiores que tiran hacia el lado de la oscuridad, la tristeza y la desesperanza. Y Neruda lo reconoce cuando dice no entender por qué a “un enlutado de origen” le ha tocado cumplir esa misión. En este orden de cosas, es bastante irónico que uno de los poemas más tristes de *Geografía Inconclusa* lleve el título de “Felicidad”.

También se reitera aquí esa peculiar forma de panteísmo tan nerudiana, que podríamos llamar “ego-panteísmo”. Ya no es Dios el que está presente en la naturaleza, sino el poeta: “*Me repartí en fragmentos / que entraban y salían de otras vidas, / formé parte del pan y la madera, del agua subterránea, del fuego mineral*”. Abrumado por su condición telúrica, teme que no lo acepten como prójimo del hombre común y corriente. Vale la pena citar esta secuencia completa:

*Por eso, si me encuentras ignominiosamente
vestido como todos los demás, en la calle,
si me llamas desde una mesa en un café
y observas que soy torpe, que no te reconozco,
no pienses, no, que soy tu mortal enemigo:
respeta mi remota soberanía, déjame
titubeante, inseguro, salir de las regiones
perdidas, de la tierra que me enseñó a llover,*

*déjame sacudir el carbón, las arañas,
el silencio: y verás que soy tu hermano.*

Un tema que Neruda había desarrollado en el poema “Unidad”, de *Residencia en la Tierra*, reaparece ahora vinculado a la conciencia de la muerte. Es el problema de la identidad del ser dentro de la sucesión temporal, y el asombro de que los individuos conserven su unidad, a pesar de la fragmentación que les provoca la intermitencia de los días. Esto se observa, por ejemplo, en el poema que precisamente se llama “Sucesión”: **“Muerte a la identidad, dice la vida: / cada uno es el otro, y despedimos / un cuerpo para entrar en otro cuerpo”**. Un tema similar aparece en los poemas de Francisco de Quevedo que Neruda había presentado en 1935 con el nombre de *Sonetos de la Muerte*. Varios siglos antes, el poeta español había escrito: “Soy un fui y un seré y un es cansado”. Estas palabras resuenan en los siguientes versos del chileno: “Fui un pobre ser: soy un orgullo inútil, / un seré victorioso y derrotado”. Además, en “A Numerarse”, lamenta que al ser humano lo hayan dividido como ente temporal y material, e imagina que a él le han asignado un número: “Yo me llamo trescientos, / cuarenta y seis, o siete, / con humildad voy arreglando cuentas / hasta llegar a cero y despedirme”. Con el cero, símbolo de la nada, acaba la sucesión de cuerpos. Lo sorprendente, eso sí, es que un poeta ateo y materialista como Neruda piense en el alma y en un posible encuentro con “lo invisible”:

*dejando sí constancia de que la salud física
no es mi tema: es el alma mi cuidado:
quiero que las pequeñas cosas que nos desgarran
sigan siendo pequeñas, impares y solubles
para que cuando nos abandone el viento
veamos frente a frente lo invisible.*

Al final del libro Neruda incluye unos párrafos en prosa que vale la pena traer a colación. Dice en su nota declaratoria: “El año 1971 fue muy cambiante para mis costumbres. Por eso y por no aparecer enigmático sin razón esencial dejo constancia de desplazamientos, enfermedades, alegrías y melancolías, climas y regiones diferentes que alternan en este libro”. La frase “dejo constancia” es emblemática con respecto a la función que se asigna Neruda como poeta y explica en parte su prodigalidad verbal. A partir de lo que se ha llamado su “conversión poética”, es decir, después de su ruptura con el proyecto de la vanguardia, Neruda inaugura una nueva

etapa en su poesía, que oscila entre el diario de vida y la crónica en verso. El poeta se asigna la obligación de dar cuenta día a día de todo lo que le sucede a él (“Os voy a contar todo lo que me pasa”, había dicho en “Explico Algunas Cosas”); pero también quiere hacer un inventario de todo lo que pasa en el mundo exterior, según el dictado de su pensamiento estético y político.

En *Confieso que He Vivido*, Neruda señala claramente las dos direcciones de su poesía: “Soledad y multitud —dice— seguirán siendo deberes elementales del poeta de nuestro tiempo. En la soledad, mi vida se enriqueció con la batalla del oleaje en el litoral chileno (...). Pero aprendí mucho más de la gran marea de las vidas, de la ternura vista en miles de ojos que me miraron al mismo tiempo. Es memorable y desgarrador para el poeta haber encarnado para muchos hombres, durante un minuto, la esperanza”. El libro suyo que mejor se nutre de la soledad es por cierto *Residencia en la Tierra*, y de esto Neruda está muy consciente. Tanto es así que discrepa de los críticos que atribuyen la gestación de esa obra a la influencia de la cultura del Extremo Oriente —donde Neruda ejerció funciones diplomáticas entre 1927 y 1932—, y puntualiza que es el fruto de “la soledad de una forastero trasplantado a un mundo violento y extraño”. En cuanto a la multitud, el libro más representativo de esa dirección es el *Canto General*. Soledad y multitud son los dos polos entre los cuales se mueve la poesía de Neruda.

Como hemos dicho, *Geografía Infructuosa* fue iniciado en 1971, meses después del triunfo del socialista Salvador Allende. Neruda había participado activamente, primero en la campaña electoral y después en las concentraciones populares que celebraban al nuevo gobierno, y vio desde muy cerca esos “miles de ojos” a los que hace referencia. Uno habría esperado entonces que un libro suyo tan cercano a esas fechas se inclinara hacia la poesía de la multitud. Pero el poeta propone y la vida dispone, porque *Geografía Infructuosa* conjuga de una manera imprevisible los dos aspectos que Neruda subrayaba a propósito de *Residencia en la Tierra*: “la soledad de un forastero” y “un mundo violento y extraño”. Sólo que ahora el forastero es el “exiliado” en Francia, y lo violento y extraño no es el mundo que lo circunda, sino la enfermedad que ha invadido su cuerpo. Por eso, contradiciendo los planes de Neruda, el libro acaba siendo un diario de vida interior —sin multitud, sin luz, sin alegría—, cuyas páginas registran el infructuoso clamor de un solitario a quien la muerte acecha. ☐